



TARTESO
TERRITORIO
Y CULTURA

SEBASTIÁN CELESTINO
PÉREZ

Ariel

Índice

Portada

Prólogo

I. Tarteso: un concepto histórico

II. El mito

III. La leyenda y las fuentes históricas

IV. Tarteso a través de la historiografía

V. El origen del territorio tartésico

VI. Un paisaje para Tarteso

VII. La fase oriental de Tarteso

VIII. Crisis de Tarteso y auge de su periferia

Nota a la segunda edición

Bibliografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

PRÓLOGO

La publicación en 2014 de las actas del congreso *Tartesos. El emporio del metal*, celebrado en Huelva en 2011, fijó de forma definitiva con la participación de prehistoriadores, arqueólogos, historiadores y filólogos la denominación de Tarteso para definir las estructuras sociales y políticas desarrolladas en el sudoeste peninsular entre finales del segundo milenio a.C. y el siglo VI a.C., superando las diversas transcripciones y lecturas de los textos clásicos que desde finales del siglo XIX se habían empleado para referirse a una realidad arqueológica en la que se englobaba desde el mítico reino de Argantonio al período orientalizante, o hallazgos excepcionales de cultura material como el denominado *Tesoro de El Carambolo*. Pero más allá del acuerdo en la denominación de un período social y cultural, la importancia de las conclusiones radica en la vigencia de su estudio más de un siglo después de iniciarse científicamente como método de comprobación de los datos contenidos en las fuentes grecolatinas, especialmente Herodoto (I, 163 y IV, 152) quien en el siglo V a.C. relató los contactos de foceos y samios en el extremo Occidente y fijo en ochenta los años de reinado –y ciento veinte de vidad de Argantonio. Pero Herodoto no fue sino la culminación de un mito que en el mundo griego se inició con las referencias al territorio en el que Hércules consiguió apoderarse de los bueyes del no menos mítico monarca Gerión, según explicaron Hesíodo (*Teogonía*, 287-300), Apolodoro de Atenas a partir de Estesícoro (*Biblioteca mitológica*, 2,5,10), Arriano (*Anábasis* II, 16,5-6). Un mito que junto a las referencias a Tarteso se engrandeció en época romana con las menciones de Virgilio

(*Eneida*, VII, 262-263) y Diodoro Sículo (*Biblioteca Histórica*, IV, 17, 1-2; 18, 2-3). Un mundo legendario en el sur peninsular al que debe sumarse sin duda el relato del mito de Gárgoris y Habis realizado por Justino (*Epit. Hist. Phil*, XLV,4) a partir de un texto anterior de Gneo Pompeyo Troggo.

No es de extrañar por tanto que con dichos mimbres, unido a otra hipótesis como es la asimilación entre Tarteso y la Tarsis bíblica citada en el Libro Primero de los Reyes 10,21-22; en el Segundo de Crónicas (9,21) y en las citas de Isaías (2, 12-16) y Ezequiel (27,12; 38,13), vigente como referencia de la protohistoria peninsular durante décadas hasta que el error de asignación fue demostrado primero por H.Täckholm en 1969 y de forma definitiva por M. Koch en 1984, el mito de Tarteso se instalara en la investigación protohistórica peninsular, como ya lo había hecho en los relatos sobre Historia de España desde la época de los Reyes Católicos. El hispanista alemán Adolf Schulten, un referente tras sus trabajos en Numancia a principio del siglo xx, inició con la publicación en 1924 de su obra *Tartessos* —ampliada y reeditada en 1945— una vía de análisis centrada en la procedencia mediterránea de las élites del sistema político social que denominamos Tarteso, vinculando dicha presencia a los flujos migratorios desarrollados a finales del segundo milenio a.C. dentro de la problemática de los Pueblos del Mar cuya expansión en el Próximo Oriente supuso una profunda transformación en el sistema de imperios basado en la dualidad egipcio-hitita, y cuya reubicación en diversas áreas del Mediterráneo central constituyó una de las principales líneas de análisis histórico-filológicas en la escuela historicista alemana. Schulten abogó por el establecimiento de los tirsenos en el sur de la Península e insistió en la necesidad de localizar la ciudad epónima, capital del reino de Tarteso, que situó en el área del Coto de Doñana. Sus tesis, pese a no disponer del soporte de los resultados de la investigación arqueológica, se impusieron en la España de

mediados del siglo xx cuando quiso demostrarse la validez de las informaciones contenidas en los textos clásicos citados, a los que el propio Schulten añadió el análisis de la *Ora Marítima* de Avieno, como reflejo del descubrimiento de Troya por Heinrich Schilemann siguiendo los pasos de Homero.

Paralelamente entró en juego un nuevo factor: la colonización fenicia. Superados los recelos antisemitas posteriores al final de la Guerra Civil, se abrió paso una nueva vía de análisis, definida genéricamente bajo el epígrafe *orientalizante*, mediante la que se vincularon en primer lugar los elementos más destacados de la cultura material tartesia y posteriormente la propia organización de sus sistemas político, económico, ideológico y territorial con la influencia decisiva de la presencia fenicia en la Península. Se concedía así la preeminencia a los procesos de aculturación y sincretismo entre estructuras sociales foráneas y autóctonas para negar el desarrollo del indigenismo de forma independiente a las influencias mediterráneas, aplicando un modelo desigual de contacto entre comunidades basado en la práctica y consecuencias de los intercambios de productos manufacturados de baja calidad por materias primas —especialmente la plata— que algunos investigadores como Karl Polanyi derivaron de un análisis restrictivo del llamado «comercio silencioso» explicado en los textos de Herodoto, hipótesis que Susan Frankenstein describió acertadamente con la expresión “los fenicios en el Far West”. Con todo, el estudio del orientalizante y la interacción entre fenicios y tartesios marcó en buena medida la investigación durante la segunda mitad del siglo xx, sucediéndose los trabajos y aportaciones de una amplia generación de prehistoriadores y arqueólogos como Julio Martínez Santa Olalla, Antonio Blanco Freijeiro, Antonio García Bellido, Juan Maluquer de Motes, Juan de Mata Carriazo y José María Blázquez Martínez, decisivos en el análisis historiográfico de las características y significado de Tarteso. Un análisis que se mantendrá

vigente hasta la celebración en Jerez de la Frontera, el año 1968, del simposio internacional *Tartesos y sus problemas*, que constituyó el inicio de la renovación en la metodología de estudio del problema al plantear la superación de la dicotomía ciudad-reino como punto de partida.

En el medio siglo transcurrido, el desarrollo de la arqueología tartesia, ligada en buena medida al de la investigación sobre la colonización fenicia en la Península, puede considerarse como espectacular. Las intervenciones en el casco urbano de Huelva, la excavación del enclave de El Carambolo o el conocimiento del sistema palacial en la periferia extremeña del área tartesia, por citar tan sólo tres ejemplos de una feraz investigación, han proporcionado una visión totalmente distinta sobre el problema a la que permaneció fijada durante décadas por influencia de la obra de Schulten. En la actualidad, el debate se vertebra en función del estudio de una serie de procesos económicos, sociales, políticos y territoriales concretos empezando por la propia delimitación geográfica del área tartesia entre quienes defienden reducirla al núcleo estricto del sudoeste y aquellos que propugnan que se extendía por territorios de las cuencas superiores del Guadiana e incluso del Tajo. Un análisis que se basa esencialmente en la determinación de su cultura material puesto que también se cuestiona no sólo la existencia de un reino unificado como se defendió a partir de los textos clásicos grecolatinos, sino también de un mismo sistema de organización espacial y política en toda la zona, planteándose la coexistencia de diversas formas de estructuración social según las áreas. Dichas formas organizativas serían el resultado de los procesos de transformación de las comunidades locales durante el Bronce Final que habrían evolucionado en función de sus estructuras internas, los condicionantes económicos y las influencias foráneas de forma diferente y progresiva según los territorios. Cuestión que plantea otro de los puntos clave del debate historiográfico como es el reconocimiento de la existencia

de una realidad consolidada que pueda definirse como cultura tartesia —aunque el propio concepto de cultura y también el de etnicidad siguiendo la aplicación de modelos de las áreas central y oriental del Mediterráneo están también cuestionados— antes de la presencia fenicia, o por el contrario, que dicha realidad es el resultado de dichos contactos. Un tema que por extensión conlleva el debate sobre la cronología y formas del comercio y la colonización fenicia contraponiendo datos arqueológicos y filológicos, e incluye una interesante variable para etapas avanzadas como es la presencia de materiales griegos en el registro arqueológico en fechas anteriores a las sugeridas por los relatos de Herodoto. El llamado por algunos investigadores *enigma tartesio* cuenta con otro elemento destacado de debate y análisis en su tramo final, es decir, el proceso de desaparición de lo que denominamos cultura tartesia y la transformación de las estructuras socio-territoriales en los sistemas políticos ibéricos a partir del siglo VI a.C. como consecuencia de una regeneración interna por agotamiento de los modelos anteriores o como resultado de nuevo de una influencia foránea.

Como puede apreciarse, se trata de un campo de investigación abierto y apasionante en el que no sólo está en cuestión la interpretación de uno de los períodos más importantes de la protohistoria peninsular, sino también su influencia en el desarrollo de las culturas mediterráneas y sus elementos de vinculación ideológica a través de la cultura material, la denominada *koiné* que enlaza ambos extremos del mar. La información arqueológica, rigurosa y estricta, no ha cesado de aumentar durante las últimas décadas, pero tendiendo en ocasiones al particularismo zonal obviando la necesidad de componer las necesarias síntesis que permitan aquilatar el problema en toda su extensión y detalle al entender que se trata de una problemática cuyo análisis depende de múltiples factores. Era pues necesario recapitular, tomar la necesaria perspectiva respecto de los datos,

y encajarlos a la manera de un rompecabezas para disponer de un relato coherente de los hechos basado ahora en la documentación arqueológica y no en interpretaciones apriorísticas que permita una clara comprensión de lo que significó el mundo de Tarteso.

El presente trabajo responde ampliamente a las cuestiones planteadas. Sobre la base del capítulo *Tartessos* de la obra colectiva *De Iberia a Hispania* que coordinamos en 2009, y que hace tan sólo seis años supuso la renovación del análisis de los procesos socio-territoriales de la protohistoria peninsular, Editorial Ariel lo presenta ahora revisado y ampliado por su autor, Sebastián Celestino, investigador titular del CSIC y sin duda uno de los mejores conocedores de la arqueología tartesia a la que ha dedicado numerosos libros y artículos científicos cuyo conjunto es aceptado como un referente en la materia. El texto supone un análisis riguroso de la documentación textual y material y constituye una síntesis profunda, llamada sin duda a perdurar, de una de las fases más apasionantes de la protohistoria peninsular.

FRANCISCO GRACIA ALONSO
Catedrático de Prehistoria
Universidad de Barcelona

TARTESO

I. Tarteso: un concepto histórico

Desde antes de la consolidación de la Arqueología como Ciencia Social, Tartessos ha formado parte de la Historia, pero también del mito, lo que le ha conferido un halo de misterio que ha perjudicado el discurso histórico que sobre su construcción cultural han intentado un gran número de investigadores. Podemos decir sin miedo a equivocarnos que Tarteso ha centrado la mayor parte del debate histórico del final la prehistoria de la península Ibérica o Protohistoria, amén de haber inspirado una amplia literatura que prácticamente abarca todos los géneros, desde el ensayo hasta la novela histórica. También es sorprendente ver cómo proliferan las páginas de Internet, los foros de debate y las revistas impresas de alta divulgación donde se aborda el tema de Tarteso como si de un arcano histórico se tratase, obviando casi siempre los datos arqueológicos que en ocasiones explican algunos de esos supuestos misterios. Esa visión optimista emana de unas fuentes escritas que, cuando se refieren a Tarteso, evocan un mundo opulento y exótico que contrasta sobremanera con la realidad arqueológica. De ahí la palabra más utilizada para referirnos a Tarteso: enigma.

La variedad de interpretaciones sobre el concepto de Tarteso es manifiesta: son muchos los que piensan que no existe una entidad cultural bajo ese nombre; otros critican que se utilice el término para configurar una comunidad étnica; hay quienes no admiten que existiera Tarteso antes de las colonizaciones mediterráneas; pero también hay un

grueso grupo de investigadores para quienes Tarteso no sólo estaba conformada como una entidad política y cultural antes de la llegada de los fenicios, sino que además disponía de una sólida organización política capaz de asumir sin dificultades los retos de una nueva y determinante situación en el sur de la península ibérica como era la llegada de los primeros colonos orientales. Tampoco existe unanimidad en cuanto al marco geográfico donde se ubicaba, para unos restringido al suroeste de Andalucía, en un triángulo formado por las actuales ciudades de Huelva, Cádiz y Sevilla, mientras que para otros su irradiación abarcaría hasta la costa suroriental levantina, sin que falten quienes extienden su influencia por el norte hasta el río Guadiana e incluso la desembocadura del río Tajo. Pero la polémica se intensifica cuando se intenta identificar Tarteso con la Tarshis bíblica, o cuando se justifica su existencia bien como un territorio con cierta homogeneidad cultural, o bien con una opulenta ciudad que desempeñaría un papel crucial como capital de un gran reino. Quizá por todo ello hay algunos investigadores reacios a utilizar el término tartésico como fase cultural, prefiriendo refugiarse en el de Orientalizante, mucho más elástico y ecléctico; pero no deberíamos tener ningún complejo al respecto, independientemente de que Tarshis sea o no Tarteso o de que la configuración de éste se realice antes o después de la colonización fenicia, Tarteso es un término de compromiso que aunque respondiera a un mito nos sirve para definir un período cultural, como el mito de Minos sirvió para definir la cultura cretense o minoica, por poner el ejemplo más conocido.

También en estos últimos años se ha abierto con fuerza un nuevo foco de discusión sobre la adscripción cultural de algunos asentamientos y necrópolis que hasta hace poco se clasificaban como tartésicos, pero que hoy algunos investigadores no dudan en identificar como fenicios.

Es quizá por todo ello una asignatura en cierto sentido apasionante para los estudiantes de Historia, ávidos por conocer la versión académica de este atractivo fenómeno cultural. Pero sin duda también es un reto para el profesorado universitario, que tendrá que armarse de argumentos sólidos para vencer las ideas preconcebidas que fácilmente han podido adquirir los alumnos en los ámbitos de difusión aludidos. Sin embargo, el mayor peligro para el alumno inicialmente interesado en esta fase histórica es la saturación; en efecto, llama la atención ver cómo Tarteso se incluye en el temario de diferentes asignaturas precisamente por participar de todos los ingredientes para convertirse en un tema recurrente y de innegable atractivo. Así vemos que su enseñanza se imparte tanto para explicar el final de la Edad del Bronce como para entender el inicio de la cultura ibérica; como es lógico, también es irrenunciable a la hora de estudiar las colonizaciones mediterráneas; asimismo se imparte cuando se aborda la formación de los denominados pueblos prerromanos del interior, ya sea bajo la óptica céltica o mediterránea; y todo ello duplicado desde las a menudo diferentes visiones de la Arqueología y de la Historia Antigua. Tanta insistencia en la enseñanza de la cultura tartésica no se corresponde ni con su dinámica investigadora, todavía muy acotada, ni con la parquedad de respuestas a muchas de las preguntas que aún existen sobre su formación y desarrollo, lo que genera cierto grado de frustración y la consiguiente derivación de algunos interesados hacia otras etapas de la Historia.

Además de las interpretaciones de las fuentes grecolatinas, dirigidas fundamentalmente a despejar la ecuación Tarsis/Tarteso, hasta hace pocos años los trabajos sobre Tarteso se han limitado prácticamente a los estudios derivados de las numerosas y significativas necrópolis excavadas desde finales del siglo XIX, una fuente siempre rica en documentación arqueológica, pero muy limitada a la hora de hacer la valoración global de una sociedad. A partir de los ex-

celentes y variados materiales procedentes de estos contextos funerarios, donde destacan los elaborados en bronce, caso de los jarros y recipientes rituales o *braserillos*, las esculturas zoomorfas o los objetos de adorno personal, así como los marfiles u otros objetos realizados con metales nobles, se han hecho denodados esfuerzos por reconstruir algunas facetas de la cultura tartésica, condicionando la interpretación de otros objetos similares hallados fuera de contexto arqueológico, caso del mencionado conjunto jarro-*braserillo* o de los marfiles, que sin embargo hoy se ha podido comprobar que también aparecen en ambientes que nada tienen que ver con el mundo de la muerte. Los significativos conjuntos áureos procedentes de ocultaciones o de hallazgos aislados también han tenido una trascendencia evidente por su calidad técnica o decorativa, caso de los tesoros de Aliseda, Cortijo de Ébora o el Carambolo, por poner los ejemplos más conocidos; otros muchos materiales hallados fuera de contexto también han contribuido a conformar el elenco de materiales tartésicos, entre los que destacan las losas inscritas con signarios que se han venido denominando de diferentes maneras, aunque prevalece el apelativo de tartésico. Estos materiales, también de alta significación social, han generado ríos de tinta, pero al proceder mayoritariamente de hallazgos fortuitos, limitan aún más el conocimiento global de la cultura a la que se adscriben, pues restringe su mirada a los más favorecidos socialmente.

En los últimos años se han dado pasos muy importantes para poder acercarnos al conocimiento del mundo religioso tartésico gracias al descubrimiento y excavación de complejos arquitectónicos de alto valor cultural. Los trabajos y las consiguientes publicaciones de lugares como Cancho Roano, Marqués del Saltillo, *Caura*, Montemolín o el Carambolo, han arrojado nueva luz sobre la decisiva influencia oriental en este tipo de construcciones de carácter religioso, no sólo en sus aspectos técnicos, sino lo que se antoja

más importante, en su cariz ideológico. También se ha avanzado significativamente en el conocimiento de algunos asentamientos, sobre todo en el área portuguesa, lo que ha abierto un espacio geográfico que está adquiriendo un evidente protagonismo a la hora de interpretar uno de los temas arqueológicos de mayor actualidad, la colonización tartésica del interior peninsular.

Por el contrario, y por increíble que parezca, aún no se ha excavado con cierta extensión un poblado tartésico, ni hay proyectos a la vista que lo contemplen; sin embargo, sí conocemos varios asentamientos en el suroeste peninsular que nos han permitido conocer con cierto detalle la cultura fenicia de occidente, si es que no es ésta también la mejor forma de conocer lo verdaderamente tartésico. En efecto, desde que en los años sesenta del siglo pasado se comenzaran a acometer intervenciones arqueológicas sistemáticas en yacimientos fenicios de la península Ibérica, complementados con los trabajos que se realizaban en esa misma época en el norte de África y en el Mediterráneo central, el conocimiento de lo fenicio ha ido siempre muy por delante de cualquier otro fenómeno cultural de esa fase histórica, hasta tal punto que muchos investigadores se preguntan si en el suroeste peninsular estos estudios no deberían integrarse, pues parece que la mejor forma de entender lo tartésico es profundizar en el impacto de la colonización, tanto fenicia como griega. Es muy difícil definir la importancia de la colonización mediterránea sin hablar de la estructura socioeconómica de los pueblos que habitaban en el sur de la Península, como es inviable hacer un discurso coherente sobre la cultura tartésica sin hacer continuas referencias al hecho colonial fenicio.

La ubicación de Tarteso en el extremo occidental del mundo en esos momentos conocido, sin duda favoreció que los griegos lo eligieran como el lugar más propicio para escenificar algunos de sus mitos, entre los que destacan los de Perseo o, sobre todo, los del ciclo heracleo, donde

aparecen personajes ya directamente relacionados con la mítica monarquía tartésica como Gerión. Pero también el Tártaro, el lugar más profundo del Hades donde desembocaban los espíritus más perversos, se ubicaba en los confines de la Tierra, frente al océano, cuyo topónimo además se ha identificado en no pocas ocasiones con el de Tarteso. Por si fuera poco, también algunos han alimentado la idea de que la Atlántida que describe Platón en uno de sus Diálogos, en concreto el de Critias, sea la Tarteso histórica, lo que ha derivado en una ficción que ha perjudicado gravemente la intención de conformar la realidad histórica de Tarteso. Pero lo cierto es que ni Hesíodo ni Homero hacen referencia alguna a Tarteso en sus escritos, lo que puede deberse, simplemente, a su inexistencia en la época en la cual elaboraron sus famosos escritos. La polémica sobre su identificación con la Tarsis bíblica tampoco ha favorecido el avance de la investigación, deudora durante años de una solución a este problema. Un ejemplo evidente de ello son los esfuerzos derrochados por Schulten para identificar la capital del reino de Tarteso, llevado por una visión romántica de la arqueología que no obstante aún hoy sigue en vigor en algunos círculos académicos, como si de ello dependiera nuestro conocimiento real de su cultura.

Por consiguiente, Tarteso no sólo atrae por su conocimiento parcial, sino porque las incógnitas que aún genera abonan un amplio campo que permite utilizar recursos ajenos a la ciencia, caso de la intuición, para explicar fenómenos que todavía nos están velados. La intuición y la imaginación, junto con la duda, son inexorablemente el germen de lo empírico; siempre partimos de un supuesto o hipótesis para luego proceder a su demostración. La única forma de acercarnos a una cultura, y máxime si está tan desdibujada como la tartésica, es mediante un enfoque social y económico de corte materialista, limitando los paradigmas históricos culturales que han lastrado su investigación. El escaso éxito de las teorías postprocesualistas entre los ar-